

Las terribles palas

Mientras tanto, en la madriguera, doña Zorra atendía amorosamente el trasero de su pobre marido, que se había quedado sin rabo.

—¡Lástima de cola! —suspiraba tiernamente la zorra—, ¡era la más hermosa de todos estos contornos!

—Cuidado, ¡que me escuece! —se quejaba su marido.

—Ya sé que te escuece, cariño mío. Pero pronto se te curará.

—Y te volverá a crecer, papaíto, no te preocupes, —dijo un zorrillo.

—¡Nunca volverá a crecer! —se lamentaba don Zorro; y añadió con amargura—: ¡Seré un pobre zorro sin rabo hasta que me muera!

No hubo cena para la familia zorra aquella noche. Muy pronto los zorrillos estaban dormidos y su mamá no tardó en acompañarlos.



Sólo don Zorro permanecía despierto, tanto le dolía su trasero sin rabo. «Bueno», pensaba el zorro, «después de todo, tengo suerte

28

de estar vivo. Y ahora que han encontrado nuestra guarida, habrá que mudarse pronto. Si nos quedamos aquí, seguro que no nos dejan en paz... pero ¿qué ha sido ese ruido?». De nuevo alzó la cabeza mientras sus orejas se meneaban. El ruido era... el más espantoso que jamás pueda oír zorro alguno: era el ruido de las palas de los hombres al cavar: kaj... kaj... kaj... en la tierra del escondrijo.

—¡Alerta! ¡Alerta! —gritó don Zorro—. ¡Que vienen los granjeros!

La zorra saltó de su cama y se acercó temblando:

—¿Estás seguro de que son ellos? —murmuró.

—¡Seguro! ¡Seguro! Escucha...



29

—Matarán a nuestros hijitos... —gimoteaba doña Zorra.

—¡Eso nunca! —exclamó su marido.

—¡Qué podemos hacer, Dios mío, qué podemos hacer! —suspiraba la zorra. Kraj... kraj... kraj... el ruido de las palas era cada vez más fuerte, hasta que algunas piedras empezaron a caer en el hogar de don Zorro.



—Mamá, mamá — gritaba un zorrito—, ¿vendrán los perros a matarnos? —y la mamá, muerta de miedo y de tristeza, lloraba abrazada a sus cuatro zorritos.

De pronto, se oyó un ruido más fuerte que los otros y apareció, por encima de sus cabezas, la afilada punta de una pala. Don Zorro pegó un brinco, como si le hubiera dado un calambre.

—¡Ya lo tengo! ¿Por qué no se me ocurrió antes?

—¿El qué, papá? —preguntó un zorrito.

—¡Pero si está clarísimo... el zorro es el animal que cava más deprisa del mundo, más deprisa que cualquier animal, más deprisa que el hombre! — gritaba don Zorro, mientras escarbaba con sus pezuñas en la tierra, que volaba en todas direcciones. Al momento, la zorra y los hijitos estaban a su lado, cava que te cava, tan deprisa que ni respiraban.



—¡Hacia abajo! ¡Hacia abajo! —era la voz de mando de don Zorro—. Tenemos que cavar hondo. ¡Hondo, hondo, hasta llegar al infierno, si hace falta! —el túnel crecía y crecía... hacia abajo. Crecía gracias al trabajo de zapa de todos los zorros. Zapa, zapa, zapa... las patas de los zorros se movían a tal velocidad que casi no se veían. Y así fue disminu-

yendo el ruido de las palas: kraj... kraj... kraj...
Cada vez más lejos...

Después de una hora, el señor don Zorro se paró.

—¡Alto ya! —mandó, y todos se detuvieron. Miraron hacia arriba, y vieron el largo túnel que habían excavado. No se oía ningún ruido.

—¡Lo conseguimos! —exclamó don Zorro—, ¡los hemos burlado! ¡Jamás podrán cavar tan hondo con sus palas! ¡Buen trabajo, muchachos!

La señora zorra se sentía muy orgullosa de su marido:

—Niños, quiero que sepáis que si no llega a ser por vuestro padre, esto no lo contamos... Ahora sabéis por qué le llaman don Superzorro.

Don Zorro la miraba con una gran sonrisa. Cada vez que su mujer le decía estas cosas se le caía la baba.

Los terribles tractores

Amaneció. Y los tres granjeros —Benito, Buñuelo, Bufón— seguían dale que te pego cavando con sus palas. Un hoyo tan grande, tan grande... ¡que habría cabido un elefante! Pero por más que cavaban, no conseguían llegar al final del túnel del astuto zorro. Estaban muy cansados, y pronto empezaron a pelearse:

—¡Por todos los diablos! —exclamó Bufón—, ¿de quién fue la feliz idea de excavar este maldito túnel?

—De nuestro amigo Benito —le contestó Buñuelo.

34

Buñuelo y Bufón se quedaron mirando a Benito con cara de... pocos amigos. Benito tomó un buen trago de su sidra antes de contestarles.

—Escuchadme, imbéciles —les gritó con voz ronca—, quiero cazar a este bicho sea como sea, ¿me habéis entendido? Y no pararé hasta ver la piel del maldito zorro encima de mi chimenea. ¿Estamos?

—Haz lo que quieras —le replicó Bufón—, pero yo desde luego no sigo cavando.



—¡Déjale, déjale! —se burlaba Buñuelo—, seguro que nuestro amigo Benito nos va a decir otra de sus brillantes ideas.

35

—¿Cómo? —dijo Benito— No oigo nada. Y era que Benito nunca se lavaba... y como nunca se lavaba, pues tenía los oídos sucios, llenos de cera... y también de chicle y ¡hasta de moscas muertas! Y claro, así estaba el pobre que no oía ni torta.

—¡Hablad más alto, no oigo nada!

—¡Que nos digas tus estúpidas ideas! —le gritaron Buñuelo y Bufón. Benito se rascó la nariz con sus sucios dedos. Le estaba saliendo un grano que le picaba mucho.

—Hay que cambiar de táctica —dijo por fin—. Con estas palas no hacemos nada... nos hacen falta otras palas. ¡Ya está!, ¡palas mecánicas! ¡Tractores! ¡Dadme un tractor y lo saco en cinco minutos!

Buñuelo y Bufón se quedaron boquiabiertos. La idea de Benito era genial, había que reconocerlo.

—Bien, vamos a organizarnos —dijo Benito, de nuevo jefe de la operación—. Tú,



— ¡Son las máquinas — gritó don Zorro —, y tienen dientes afilados... para comer-nos mejor! ¡Sálvese quien pueda! ¡Cavad! ¡Cavad!

¡Zap!, ¡zap!, ¡zap!

Roald Dahl

<http://auladeely.webcindario.com/>

El Superzorro

El Superzorro

<http://auladeely.webcindario.com/>

Roald Dahl